



GLOSARIO DE PERSONAJES, TÉRMINOS Y FACCIÓNES

No Mundo: escenario de las historias de *El ciclo de la Cuadriga*, *La balada del Nunca Amado* y *La canción de la Cuarta Rueda*.

Las Dos Pestes: plagas que destruyen el No Mundo en distintas regiones.

Fatas: raza feérica dominante que lucha contra las Dos Pestes.

Fantasmas hambrientos: inficionados de la peste de la Hambruna.

Orden del Árbol de Hierro: antigua orden de caballeros fatas.

Orden de la Cruz Rota: orden de caballeros de los Trece Reinos.

Trece Reinos: alianza de monarquías que lucha contra la Hambruna.

Valle Hendido: señorío de los Trece Reinos.

Soldados vestàli: guerreros femeninos bajo las órdenes de caballeros de los Trece Reinos.

Soldados de gremio: guerreros contratados por el Árbol de Hierro y por los Trece Reinos.

Celèss: capitana vestàli de la Cruz Rota.

Rònja: soldado vestàli de la Cruz Rota.

Radvàqui: soldado agremiado de los Trece Reinos.

Estòllo: bardo.

Carahueso: asesino enmascarado del páramo.

Unbrazo: asesino tullido.

Manopla: asesino del páramo.

Ròsewen: caballero fata sin nudo. Primera espada de los Espinas Ferrosas.

Maènia: caballero fata sin nudo de los Trece Reinos. Hermana de Ròsewen.

LOS CANTARES DEL NO MUNDO

LOS MERCENARIOS

CANTAR MENOR

FRONTERAS

DESPUÉS DEL RESCATE DE LA FATA MAÈNLA HAÈSTUR NAH'ÒILEC

1

CELÈSS DE SÈLREI, CAPITANA VESTÀLI de la Cruz Rota, apestaba a alcohol. La hinchazón en el ojo disminuía y la cicatriz en el mentón avivaba el recuerdo de los caídos durante las semanas pasadas.

Bebió su séptima pinta ante el rapsoda, un fulano que había tocado para ella *El elogio del soldado*, canción de guerra que la entristecía. La tonada la transportaba a la olvidada Valle Hendido, a la vida en el castillo, a sus primeros días en la orden de caballería y sobre todo al maldito fuego que la perseguía desde hacía años. Pese a que no habían prestado juramento, pese a que carecían de poder en la orden, los priores trataban a las vestàli con decoro. Además, eran mujeres acomodadas, unidas a los Trece Reinos por antiguos acuerdos. Si bien en las barracas le había costado ascender, si bien había trabajado con fatiga en las pruebas de campo, Celèss contaba con insignias de casas nobles y un alto rango a sus veinte años. Para ello mataba abominaciones, engendros, fantasmas hambrientos. Había visto a numerosa gente morir, entre ellos superiores, soldados, amigos, y, aunque sobrellevaba las pérdidas, la incursión en Valle la había obligado a volver mientras los hostiles circunnavegaban su señorío.

El bardo concluía la pieza por vez tercera y ella se cubría la loriga con la capa pese a que los clientes escaseaban en la taberna. Quedaban solo ellos dos, la tendera y cuatro borrachos apostados en sillas que atendían a aullidos de lobos solitarios. Las noches sin lunas eran raras en las fronteras y los pogromos disminuían gracias al decreto contra el delito de cacería.

—Sesenta años o un poco más —aclaró Celèss tras llevarse la mano al mentón—. ¿Sesenta y cinco?

—No lo sé, entonces ni siquiera había nacido.

El bardo rasgó en do mayor.

—Deberías informarte. Nunca se sabe cuándo podrían favorecerte las malditas leyes.

—Celèss cerró los ojos al asir el pichel vacío—. ¡Cantiner! ¡Otra cerveza, por favor!

—¡A la orden, mi señora!

—Puedo traérosela yo, si me lo permitís —insistió el rapsoda.

—¿En serio? No es común ver caballeros por estos sitios.

—Lo sé, ni siquiera en los castillos, menuda vergüenza, y aún no me habéis contado qué pasó con vuestros padres.

La sonrisa de Celèss se borró. Era una historia que aborrecía, mas la recordaba al andar borracha o al ver carniceros asar puerco en los mercados.

«¿Conocéis el olor a cerdo quemado?». La voz retumbó en su plexo solar. La trasladó a su niñez, con tan solo doce años, y después a esa respuesta seguida de carcajadas.

—¿Por qué mejor no la tocas otra vez, bardo?

Tomó la cinta que le sujetaba la capa, el manto se holgó y le mostró el escote.

—A la orden.

El joven sonrió, tomó la púa, rasgó. *El elogio del soldado* inició de nuevo con una nota sostenida que hizo pensar a la mujer en los pogromos cuando volvió a casa por el río, escondida en una balsa ante pastores que se ocultaban bajo negros griñones. Antes de poner la bota en la orilla se asfixió con la pestilencia. Carretas repletas de huesos carbonizados, niños gimiendo, padres asesinados, cadáveres sumergidos en pozos gracias a los terribles bandidos fata. Eran cuadros que nunca olvidaría. Dicha noche, en la Masacre de Valle, la Muerte se paseaba con su guadaña burlándose de la vida y recorría llanuras, sembradíos, terrenos baldíos hasta ingresar en el castillo. La peste a hombres quemados emanaba de las hogueras junto al profundo foso.

Recordó a un mendigo encapuchado de iris amarillos. «No es olor a muerto —dijo—. Es el olor de los ricos cuando los queman. Gracias a los fatas y a su loable justicia». «¿No te da gusto, niña?», comentó otro que paseaba con un hachón.

Ambos eran altos, apuestos y esbeltos. Desprendían belleza a raudales, y se acercaban balanceando los aceros hasta que silbaron las flechas.

Celèss, a sus escasos doce inviernos, los había visto caer antes de que las soldados aparecieran tras la niebla con capas flameantes, revestidas con cotas de malla sobre las que centelleaban las insignias de la Cruz Rota. Las vestàli que combatieron en la Masacre de Valle hallaron a su familia incinerada en una pira junto a la servidumbre, pero en futuras contiendas, contra fuerzas más numerosas, muchas pasarían a mejor vida. Ese fue el inicio para que el Senado abogase por un refuerzo a la ley promulgada hacía más de sesenta años. El trullo y el carajo fueron reemplazados por la rueda y la decapitación.

—No solo mis padres ardieron en esas piras —explicó la capitana al rapsoda, que escuchaba en su silla después de tocar—. Las familias aliadas también cayeron. Muchos De

Mangley, De Corsey, De Couldney, así como un número de vasallos menores cuyas hijas conocería en mis años de entrenamiento.

Una corriente fría entró por la ventana y zarandó el jubón del bardo.

—Es una historia macabra. Lástima que los niños...

—Tenía doce años. Estaba crecida.

—Lo siento de corazón, capitana. Probablemente tendréis pesadillas con ese asqueroso olor.

—¿Asqueroso? Era el olor de mis padres.

—No quise decir eso, mi señora. A veces, cuando hablo...

—Te digo una cosa, la vida en la milicia forja el carácter sin importar familia o condición. Las guerreras vestàli gozamos de gran reputación en los Trece Reinos. Por eso nos contratan órdenes de caballería.

—¿Sois mercenarias?

—Algo parecido. Recibimos tierras y dinero de acuerdo con nuestro linaje, pero no estamos obligadas a aceptar los encargos. —Celèss bebió, la cerveza se derramó por las comisuras de sus labios y se limpió con la manga—. Y no trabajamos solas. La Cruz Rota también cuenta con clérigos, apóstoles, caballeros y, si debe mancharse las manos con tareas menos honrosas, soldados de gremio. Ni si quiera sé cómo hemos llegado a este punto.

—Me preguntasteis dónde aprendí a tocar el laúd, y yo respondí que en la calle. Luego quisisteis saber si conocía *El elogio del soldado* o *El ascenso de las estrellas rojas*, y después de tocar la primera comenzasteis a llorar.

—Ya.

—¿Qué ocurre? ¿Os sentís mal?

—No pasa nada.

Pero mentía. Aún tenía preocupaciones asociadas con la Quema de Valle. Era una amenaza que, tras lo ocurrido en el desierto, no tardaría en regresar, así que bebió hasta el fondo, perdió el equilibrio, el bardo se acercó, le tocó la mano y...

—Habéis bebido demasiado —dijo—. ¿Podéis caminar?

—Puedo.

Celèss se levantó, dio un paso, perdió de nuevo la estabilidad y decidió sentarse.

El músico esbozó una sonrisa al tiempo que apoyaba el trasero al borde de la mesa. Tenía las calzas ajustadas, las piernas endurecidas, el cuerpo enclenque y un bulto grueso en la entrepierna.

—¿Queréis que os acompañe a vuestra alcoba, mi señora?

Era muy joven para llevárselo a la cama. Sin embargo, le parecía agradable y atractivo. Cuando aguzó la mirada para verlo mejor, creyó conocer su rostro de otro lado.

—¿Estòllo?

—¿Perdón?

—Estòllo —rio, casi sin poder hablar.

—¿Quién es Estòllo?

—El que dijo «toco, ligo... ¡y follo!».

Lo tomó del tabardo y se lo acercó a los labios para besarlo. El joven se ruborizó, la capitana le quito la boina y unos preciosos cabellos dorados resplandecieron con radiante luz ante las velas. Tras hartas desventuras buscaba a un chico bonito para dormir, pero lo mantuvo alejado con la mano, pues regresaron las voces de la purga.

«No es olor a muerto. Es el olor de los ricos cuando los queman. Gracias a los fata y a su loable justicia. ¿No te da gusto, niña?».

—Ese rostro... —susurró, pero estaban tan cerca que Estòllo escuchó, así que se apartó de un brinco y caminó hacia la pared, donde agachó la cabeza.

—Creo que os precipitáis.

—Silencio, Estòllo. He bebido demasiado. Necesito una maldita pausa.

—No me llamo...

—No me importa, tengo cosas en qué pensar. Esta noche he hablado con harta gente, ¿sabes? Soldados, hombres, caballeros y una amiga que conozco de años, a quien no volveré a ver.

Eran gajes del oficio, en especial para soldados que andaban de campaña en distintos rincones del No Mundo, empero, quizá para ella bastaba. En el desierto había dejado más cadáveres de sus huestes, y continuaba con pesadillas sobre monstruos sin músculo y el combate que le había costado un ojo morado y una cicatriz en la barbilla.

—Y ahora estoy mareada hablando con un puto bardo —concluyó.

—Puedo escucharos si queréis, mi señora. Las mujeres me pagan para oírlas, y para que les toque canciones cuando están confundidas, pero pienso hacerlo gratis por tratarse de vos.

—¿Te parezco especial, acaso?

Una lágrima corrió por su mejilla. Estòllo se la secó.

—Creo que nadie en el mundo debería llorar.

Tomó su instrumento y rasgó sin quitar la mirada de la capitana, que se calmó al oír la primera nota. El olor a cerdo quemado volvió al recordar a los astros que brillaban en la Masacre de Valle. Los mismos que había visto al final de su viaje al páramo, cuando se detuvo

bajo la lluvia junto a los fríos cadáveres y supo que ciertas cosas no había que guardárselas.
Era mejor escupirlas, aunque estuviese frente a extraños.

DESIERTO DE LA HAMBRUNA

RESCATE DE LA FATA MAÈNLA HAESTUR NAH' ÒILEC

2

CARAHUESO, EL FORAJIDO QUE SE CUBRÍA EL ROSTRO con una máscara de aspecto esquelético, aceptó la oferta de Radvàqui sin consultar a sus bandidos. No eran hombres de confianza, pero mejor negociar con ellos a hacerlo con los veinte que atraparon a la mujer fata mientras mataba monstruos en el yermo. El viento arrastraba arena, y Radvàqui contraía los ojos para mirar. Cruzar el desierto en la Edad de las Dos Pestes había sido una decisión estúpida, mas el soldado conservaba las agallas. Esperaba encontrarse a cinco rufianes con un pie en la tumba. Nada más lejos de la verdad. Si bien la Hambruna había dado buena cuenta de muchos asesinos en el páramo, aún no doblegaba a los últimos.

Celèss, la capitana vestàli de su diezmada compañía, lo miraba con la boca hecha un anillo, al tiempo que los bandoleros caminaban cerca. Unbrazo, los tapados, Carahueso y Manopla se burlaban hablando obscenidades sobre la redondez de sus senos, y si bien las carcajadas poblaron el yermo, Radvàqui tenía un plan para acabar con el malestar que había generado.

«Solo se apuesta a ganar, o si no, no se hace». Era la primera regla de su código, grabada a fuego durante su niñez rodeado de bigardos de los suburbios, aunque si las cosas se ponían turbias quedaba el acero.

Tras volverse a Celèss, la vio sudar enrojecida de vergüenza. ¿Qué habría pensado después de que Radvàqui cambiara las negociaciones sin avisarle?

«Una bolsa con rubíes —se recordó a sí mismo—. Nunca olvides cuánto vale una bolsa con rubíes ni el precio de ser libre».

Cuantiosa suma para un soldado de a pie, un monto que no juntaría ni en sus mejores sueños. Alejarse de las guerras, de los caballeros y de la corrupta soldadesca era un sueño por cumplir, y si lo lograba, ¿a qué costo lo haría? Apostar contra Carahueso era como lanzar los dados en juegos de calaveras, beber sangre de mantícora o yacer con una dama feérica. La palabra clave era esa: «Riesgo».

—¿Por dónde iba? —dijo él.

—El acertijo —repuso Carahueso—. Cambiamos las condiciones y...

—Ah, sí... El acertijo —atajó Radvàqui.

Abrió la boca para añadir algo, mas, al olvidarlo, mostró una sonrisa.

—¿Qué es esto, un chiste? —dijo el bandido, los ojos fríos tras la careta.

—¿Chiste?

—Cada momento que perdemos es clave. Para mi banda, crío, el tiempo es dinero.

—¿Por qué lo dices? Sois ladrones, no banqueros.

—Ladrones... banqueros... ¿Cuál es la diferencia? —El bandido entornó los ojos e hizo un ruido húmedo con la lengua—. Piensa que vivimos en el desierto desde que arribó la peste. ¿Quién se acercaría? Tendrían que estar locos para proponernos negocios.

—¿Lo dices por mí y por la vestàli? Pensé que otros habían venido antes.

—Sois los primeros, pero he conocido a gente más arriesgada que vosotros, así que no te creas. Esperamos semanas tras pedir el rescate por nuestra prisionera fata, la hermana del Asesino de las Piedras Preciosas. Los que aguardamos aquí, presas de la peste, oramos al demonio para salir con vida y con más monedas de las que entramos.

—Pues parece que os escuchó, porque con la bolsa os habéis beneficiado.

—No tenía idea de que querías renegociar. —El silencio se extendió cuando Carahueso miró el rostro de la muchacha—. Acepté porque tu amiga me la pone tiesa, y porque mis hombres se han aburrido ya de la fata. ¿Puedo preguntar para qué la deseas?

Radvàqui no era un renegado como los nómadas creían, sino un soldado de los Trece Reinos que mataba por encargo. Tras días cabalgando en una compañía que había caído en el desierto cumpliendo mandatos vestalitas y de caballeros feéricos, pensaba adueñarse del rescate. ¿Compartirlo con Celèss? ¿Por qué no? Era una mujer con virtudes, temperamento, buen corazón. En el peor escenario, si ella rehusaba, él escaparía. El viento zarandeó el cabello de la muchacha. La vio contener el caftán. Sus mangas enmalladas reflejaban el sol.

—Porque pienso liberarla —dijo— para que regrese con su gente y quedarme el dinero con mi compañera.

Carahueso manifestó aceptación por medio de su sonrisa, como si ambos fuesen leña del mismo árbol. Solo alguien fuera de la ley orquestaría un teatro semejante. Además, en las barracas Radvàqui se había labrado fama de apostador, aunque, al silenciar a los cabos que denunciaron sus mañas, sembró la duda al respecto. El silencio se rompió de pronto. El chillido de arpía de la capitana lo sacó de su parsimonia con una palabra que sonó a «canalla», y cuando se giró encontró a una joven de mal genio con el caftán rasgado, cabellos cortos y un flequillo tan rojo como el rubor en sus mejillas.

—¿En serio crees que encubriré tus mentiras, idiota?!

—Tenía que despertarte de alguna forma. —se defendió—. Solo aguardas sin decir nada y...

—¡Silencio, gusano! ¡Lo que acabo de oír...!

—Cállate y escucha. Te daré tu parte al terminar. No tengo pensado perder, y menos olvidarte.

La mujer quiso hablar, pero se detuvo. El clima auguraba mal fario, y era usual que la tragedia recorriera el páramo. Los vándalos murmuraron al ver que Celèss y Radvàqui andaban peleados.

—¿Cómo creíste —estalló ella al fin— que estaría de acuerdo con este fraude?!

—Si no quieres compartir nuestra ganancia, no me opondré —repuso el soldado—, pero podrías pagarlo caro.

—¿Rechazas una talega con piedras preciosas? —se burló Carahueso—. ¿Quién lo hace en estos tiempos?

—¡No te metas! —dijo Celèss—. ¡Pero, si quieres saberlo, es la gente de honor quien lo hace!

—¿No me digas?

—¡Los que seguimos los escritos de la Cruz Rota sabemos que esas piedras pertenecen a otro!

—Es lo más tonto que he oído —repuso Radvàqui—. Por otro lado, como nunca los leí, se me exime de toda culpa.

—Fresco.

—Ponte una mano en el corazón, Celèss. Arriesgar el culo en este estercolero merece más que dinero, ya que el viaje ha costado la vida a seis de nuestros soldados, entre ellos un hombre y una mujer de tu hermandad. No tiene sentido seguir con la misión, si podemos largarnos y vivir como queramos.

La joven aguardó, torció el gesto, tamborileó los dedos en el cinturón, junto a la funda que protegía su acero.

—¿Algo que decir? —prosiguió el guerrero, y ella calló—. Claro que no, porque sabes que tengo razón. Nuestros amos no nos recompensan como merecemos.

—¡Estamos al servicio de la Cruz Rota! ¡Pelear por los caballeros fata y por los reinos de occidente debería bastar!

—Pelear por la cruz o por los caballeros no garantiza un futuro digno. Ah... pero tú tienes beneficios porque descienes de alta cuna.

—No lo comprendes —repuso Celèss—. Hay cosas con las que nacemos y que no se pueden cambiar.

—¿Como los privilegios que te da la orden, mientras que, a nosotros, pese a que lo trabajamos, no nos ofrece nada?

La mujer quiso responder, mas se quedó corta de palabras, ya que ambos venían de estratos distintos. Radvàqui era un soldado agremiado que se buscaba los garbanzos mediante el combate. Cuando volvía de campaña, recibía bronces con la divisa de los reinos que canjeaba por comida y a veces por armas, pero en cuanto se le acababa el dinero volvía a sus andanzas. En cambio, Celèss tenía una torre a la que ir, donde sirvientes la recibirían con un banquete succulento.

—Malgastamos nuestras vidas en tiouvivos de muerte y acero —continuó él—, y lo que ganamos no nos alcanza ni para comprar un caballo de baja estofa. Cuando regreses, piensa en mí. Recuerda que quise compartir los rubíes contigo.

Se detuvo, escuchó su respiración, a Carahueso conversar con los demás esbirros mientras la mujer observaba sumida en el mutismo. No imaginó que sus comentarios la molestaran, y menos que sacaría el acero con un ruido sordo que le hizo reaccionar.

Radvàqui brincó hacía atrás. Con un giro de muñeca, desenvainó y detuvo la espada de la capitana. El chischás resonó en el yermo. Ambos guerreros acometieron hasta que los aceros chispearon. Insistieron con fuerza una, dos, tres veces... La inercia los despidió hacia extremos opuestos y plantaron las botas en la arena ante el destello amarillo del disco solar.

—¡Maldita loca! —bramó Radvàqui mientras se limpiaba el sudor de la frente con el aliento entrecortado—. ¡¿Por qué me atacas?!

—¡¿No lo entiendes, gusano?!

—¡Piensa un poco! ¡Si me matas, ¿qué crees que te harán esos en mitad del desierto?!

Se oyeron las burlas de los brutos. Radvàqui miró a Carahueso por el rabillo del ojo, una enorme figura con las manos en jarras cubierta con un tabardo, hombreras de hierro, careta de calavera, cabellos trenzados y una barba rubia que le daba aspecto vagamente humano. Celèss se fijó en el resto. Unbrazo. Manopla. Los tapados. ¿Era posible que el negocio hubiera estado resultando de maravilla hasta ese momento y que ahora estuviesen hundidos en el fango?

—No cometas una locura —advirtió Radvàqui—. Lo tengo controlado.

—¡Has apostado mi cuerpo, idiota! ¡¿En serio me pides que confíe en ti?!

—La misión era rescatar a Maènla, la hermana del fata de las Piedras Preciosas, y aunque el asunto se ha complicado, eso aún sucederá.

—Rescatarla y apropiarse de los rubíes también es traición a la Cruz Rota.

—Lo sea o no, cualquiera en mi lugar estaría de acuerdo. Además, recuerda que estamos en medio de la Hambruna, y que en el peor de los casos nos volveremos monstruos. Al final, en los Trece Reinos, todos nos olvidarán.

Si bien odiaba recordarlo, la situación era catastrófica. Los soldados que partieron con ellos habían caído presas de la jodida epidemia. A la segunda al mando, una vestàli robusta que fue la primera en cambiar, se le hundieron los ojos y perdió sus primeros mechones a dos días de marcha. La peste se comió los músculos del resto, de modo que la piel se les pegó a los huesos, las panzas se les hincharon y se atrofiaron sus nervios.

—Si les quitamos los rubíes —continuaba Radvàqui—, podemos largarnos a tierras sin peste o ganar una aliada que probablemente iría a por su hermano, con quien podríamos asociarnos.

—No digas tonterías. La peste no es un juego, y en cuanto a la mujer fata, ni siquiera has tratado con su raza.

—Mueren con la espada como nosotros, Celèss. Comen como nosotros. Quizá hasta cagan como nosotros. Solo son más guapos. ¿Qué otra cosa hay que saber?

«Mucho más», pareció decir la mujer, pero su mirada hizo que Radvàqui siguiese en guardia con la hoja desnuda.

Había escuchado historias de guerreros feéricos, oído ciertos comentarios. Siempre venían de un soldado que conocía a otro que trataba a algunos que frecuentaban fatas. Ignoró si seguir con el tema o dejarlo. Notó a los maleantes en línea con las botas firmes, y el viento levantó una nube de arena que obligó a los siete a cubrirse la cara.

—¡Creo que olvidáis lo esencial! —La voz de Carahueso los hizo voltear—. Aún tenemos un asunto pendiente.

—¿Y es? —preguntó Celèss.

—El nuevo trato.

—Puj —bufó Celèss con desprecio.

Carahueso respondió a aquello aumentando la presión:

—¿Qué tienes que decir, Radvàqui?

El soldado asintió tras pedirle calma a la mujer.

—Como iba diciendo, basta con que uno resuelva mi acertijo para ganarse los rubíes, a la vestàli y conservar a la prisionera.

—Mis hombres se aburren de probar la misma carne por las mañanas. Tú nos entiendes. Por eso nos gusta tu ofrecimiento —repuso el líder, al tiempo que Celèss susurraba algo que terminó en «cabrón».

—El acertijo es el siguiente. ¿Cómo dibujar un rectángulo con tres líneas?

Los brutos miraron confundidos a Radvàqui. Unbrazo quiso intervenir, mas se contuvo mientras Carahueso aguardaba. La moneda giraba en el aire y caería pronto. ¿Anverso o reverso? ¿Guerra u oros? No había nada que perder. En el pasado hacía la misma jugada cuando apostaba con mercenarios, y había ganado bronces, platas, mujeres con las que se dio un gusto y a quienes dejó libres después, incapaces de resolver su enigma. Confiado, esbozó una sonrisa mientras el silencio poblaba el caluroso yermo. Manopla manifestaba ignorancia. Unbrazo igual. Los tapados dialogaban entre sí mientras Radvàqui sonreía.

—Si no tenéis nada que decir, si pensáis que habéis perdido, entregadme las piedras.

—No vayas de listo. Has planteado un acertijo sin solución —protestó Carahueso con voz pétrea.

—Tonterías.

—No nacimos anoche, soldado. Los ermitaños exponen preguntas parecidas cuando alguien se les acerca. ¿Un rectángulo con tres líneas? Me recuerda a «¿Qué sonido viene del aplauso con una sola mano?» —Se volvió a Celèss—. Dime algo, muñeca. Ese soldado te hizo parte del trato como si fueras un saco de carne. ¿Por qué has parado? Yo en tu lugar lo mataría.

—Porque tenemos una misión. —respondió ella—. Por eso.

Carahueso asintió. Brilló en sus ojos una luz pálida cuando volvió a mirar a Radvàqui.

—Supongo que habrá valorado tu oferta. Son muchos rubíes, incluso para cualquier hombre o mujer de honor.

—No cambies de tema. Si conoces la respuesta, dila.

Los hampones murmuraron al tiempo que Celèss se acercaba a Radvàqui.

—¿En serio piensas que no harán nada?

—Tú confía, tengo todo bajo control.

Observó los ojos de la vestàli. Parecía asustada. Radvàqui agachó la cabeza... y su corazón pareció detenerse. La piel de la mano, adherida al metacarpo, tenía un matiz marrón. Todo bajo control, por supuesto, menos aquello.

«Mierda».

Dio un paso atrás. La negociación daba un giro imposible y la peste se burlaba de sus sueños. El sudor, la saliva espesa, los recientes mareos... Había confundido los síntomas a causa del calor del desierto.

—Necio —le insultó Celèss—. ¿Te habías dado cuenta?

—Escucha. Yo no sabía...

—Mientes —atajó ella, y le dio la espalda.

—Hablo en serio. ¿O por qué querría negociar?

—¿Todo va bien entre vosotros? —se burló Carahueso tras reparar en ellos.

—De maravilla.

Radvàqui asintió tras meter la mano bajo los mantos.

—Entonces, ¿tenéis algo? —presionó.

—Hemos estado conversando —repuso Unbrazo—. Planteas un problema para niños. Sin embargo, en algo hemos pensado. Has dicho un rectángulo con tres líneas, ¿verdad?

—Con tres líneas, sí.

—Bien.

El viento arrastró los andrajos del bandido mientras Radvàqui aguardaba, centrado en su enfermedad. El tullido sacó un estilete y dibujó un amplio rectángulo en la arena. Uno normal, de cuatro lados. Cuando su adversario en el duelo de acertijos iba a proclamar la victoria, levantó el brazo que le quedaba reclamando silencio.

—Un momento —dijo—. No he terminado. Aquí tienes tu rectángulo.

Acto seguido, sin esperar respuesta, trazó algo en su interior.

—Y aquí una línea —aclaró.

Radvàqui quiso tragar saliva, pero no pudo. Tenía un nudo en la garganta.

—Dos —seguía el otro.

Celèss soltó una maldición.

—Tres —le oyeron concluir—. Y aquí lo tienes. Un rectángulo con tres líneas.

—Problema resuelto —agregó Carahueso, sonriente, desde atrás.

Los ojos del soldado se abrieron como platos mientras la vestàli se tensaba. El griñón del manco se revolvió con una ráfaga ventosa, de modo que se notó su rostro amarronado, retrato de un hombre famélico cuyos huesos se podían contar con facilidad.

«Tendrían que estar locos para proponernos negocios», recordó Radvàqui frente al monstruo, antes de concluir que pactaba con una panda de hambrientos a medio cambiar.

—La vestàli se queda —comentó el líder—. También los rubies. Y tú...

Risas.

—Te vas.

Radvàqui no se movió. Su rostro sombrío enrojeció de impotencia.

—¿Qué esperas —demandó alguien— para largarte?

—Prepárate, Celèss... —susurró el soldado, la frente perlada de sudor.

Dio un paso adelante y desenvainó.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo único que queda. Defiéndete, líquídalos e intenta que no te maten.

El reflejo del sol en su acero cegó al manco por un instante, así que Radvàqui se aprovechó. Dio un paso adelante. Su hoja silbó, se clavó en la tripa del corrompido casi hasta el pomo con un ruido de cuero roto.

«Uno menos», se dijo.

Tras retirar la espada, el muerto cayó con un sonido seco. La arena formó una nube que alertó a los restantes, y el tiovivo de muerte y acero empezó a girar una vez más. Las hojas enemigas relumbraron, salieron de sus fundas con un ruido áspero al tiempo que sus dueños arremetían entre el polvo y la refriega tuvo lugar.

Radvàqui paró el sable de un tapado mientras Celèss reculaba para esquivar a Manopla, que embistió el aire. La capitana dio un golpe en molinete, y el bruto chocó tras recular. El corte lo había alcanzado, así que se presionó la ingle para que no cayeran las tripas. La sangre escurrió por su barbijo antes de que Celèss atacase de nuevo, echando blasfemias, con una estocada que atravesó el ojo de otro tapado, cuyo cuerpo tembló hasta dejar de moverse. La vestàli se limpió el sudor, no descansó. Tras retirar la hoja paró el embate de otro rival embutido en malla que embistió por un costado. Le pateó la rodilla, el maleante se encorvó y ella lo empujó hacia Carahueso, que se cubrió con las manos.

Radvàqui brincó hacia atrás al verlos trastabillar. Daba cabriolas frente a los cortes del bruto que había perdido el velo del rostro. Resbaló, paró una estocada al sesgo con un movimiento de reducción. Los aceros chirriaron mientras él se arrastraba con el culo en la arena, apoyado en una mano. El rumor de las espadas reforzó el chasquido de las hojas, en el duelo de Celèss, junto a una tormenta de insultos, jadeos, gritos y blasfemias. Radvàqui se distrajo. Tras arrastrarse hacia atrás, apoyado en las manos, y escapar de un mortífero tajo, esparció arena al rostro del contrario. El rufián quedó ciego por un intervalo, gritó, y la hoja de Radvàqui rugió al abrirle la panza. Las vísceras saltaron. Una lengua de sangre besó el descampado al tiempo que el nómada caía de cara.

«Otro menos», pensó, sin aliento para tumbarse.

Al volverse, vio a los forajidos contra Celèss. Tres siluetas pugnaban bajo poniente. La vestàli paraba, blandía, reculaba, fintaba. Radvàqui, mareado, dio un paso al frente.

«¿Para qué pelear por rubíes, si pronto voy a morir?».

Quizá otros se hubiesen dejado matar, pero él no era de aquellos. Su orgullo le abrasaba el corazón sin dejar de lado la compasión por la capitana. ¿Cuántos años tenía? Se apartó el cabello que le rozaba la barba, arrastró la hoja en la arena y trazó una línea que pasó inadvertida, al caminar hacia los duelistas. Celèss, el rostro sangrante y un ojo amoratado, desvió un

estoque. No vio cuándo Radvàqui apareció ni cuándo tomó al tapado por la espalda con mano virulenta. Tampoco a su hoja entrar por la nunca y salir por la tráquea. La sangre le salpicó el rostro y astillas de hueso revolotearon mientras Carahueso corría para partir a Celèss por la mitad. Radvàqui le avisó con una seña. Ella reaccionó, se volvió al hampón y paró. Nadie olió el tufo a muerte que emanaba del muerto hacía un rato. Mientras miraba el combate, Radvàqui lo dejó caer al retirar la espada.

«Otro más».

El ruido distrajo al líder de los asesinos, que erró al intentar hundir su hoja en el pecho de Celèss. La mujer se replegó ante la careta del bruto, que se giró para enfrentar a ambos. La situación, para su mala suerte, estaba de cabeza, pese a que Carahueso era grande, voluminoso, con mirada fría como punta de nevado. El orgullo de Radvàqui no se mermó. No era alto como el bandido ni había lidiado más batallas que las vestàlis de bajo rango. Solo tenía experiencia de combates en callejas y cantinas, así como una pizca de confianza en sí mismo.

—Ahora estás solo —dijo—. Dame los rubíes y vete.